

El escarmiento y El botín:

Dos grandes novelas de **Miguel Sánchez-Ostiz**
sobre el golpe de estado de 1936 en Navarra,
sus autores y sus víctimas

(Notas de lectura apresuradas, apasionadas y elocuentes
de Koldo Artieda)

info@cedcs.eu

Colección: Galeatus,
Fecha de Publicación: 03/01/2018
Número de páginas: 24
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio
Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

El Escarmiento y El Botín, dos grandes novelas de Miguel Sánchez Ostiz que son algo más que mera literatura

25 de Mayo de 1936:

Nº 1: Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándoseles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas.

19 de Julio de 1936:

Nº 5: Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado.

(INSTRUCCIONES RESERVADAS
FIRMADAS POR EL GENERAL MOLA,
« EL DIRECTOR » DEL GOLPE MILITAR FASCISTA
DEL 18 DE JULIO DE 1936)

La II República fue el mayor experimento reformista de la historia española en tensión constante con una Revolución libertaria incompleta impulsada fundamentalmente por los anarquistas cuya realización y alcance emancipatorios fueron superiores a cualquier otra revolución del siglo XX. El levantamiento militar del 18 de julio de 1936, de una brutalidad y saña asesina casi sin precedentes, tuvo en Navarra un escenario excepcional. La concomitancia de un ejército golpista cuyos referentes culturales eran la Guerra del Rif, una de la últimas campañas coloniales de conquista del siglo XX, una cultura bélica reducida a la guerra de aniquilamiento y a la ocupación del territorio, con unas fuerzas auxiliares como El Requeté, la organización paramilitar de un movimiento integrista como el carlismo enraizado en el territorio y los pistoleros de la Falange fascista tal vez expliquen la sangrienta represión, la mayor de todas, a la que fue sometida la población navarra y que sirvió de laboratorio para la limpieza política y la brutalización de ciudadanos corrientes instigada por los golpistas para que el mayor número posible de personas posible se manchara las manos de sangre.

Miguel Sánchez-Ostiz ha escrito *El escarmiento* y *El botín*, dos poderosas, vibrantes y documentadas novelas, dos grandes y caudalosos textos sobre la preparación y desarrollo del golpe militar del 36 en Navarra, sobre sus consecuencias, sus autores, sus cómplices y las víctimas que lo sufrieron, dos novelas que son ante todo una

vindicación de las víctimas, de la memoria de las víctimas que los actuales ostentadores del poder se empeñan en ignorar, alardeando además de no dedicar ni un solo euro a lo que por ley están obligados. ¿No se ha visto hace nada al presidente del gobierno, un fetichista de la ley siempre que él y su *racket* queden excluidos de ella, lamentarse por la sustitución del nombre de una calle dedicada al marino de guerra golpista Salvador Moreno, uno de los genocidas de la *desbandá* de Málaga, por el de la poeta Rosalía de Castro? La derecha española dedicada al pillaje organizado de los fondos públicos carece de cualquier sentido de la justicia, ni siquiera de la justicia poética tópica que es el consuelo de los justos cuando la justicia está ausente. Para ello ha inventado el avieso vocablo *buenismo*, respaldado por esa otra mafia afluyente que es la RAE que lo adopta y oscurece a propósito, *perinde ac cadaver*. “Echar al carajo toda esa monserga de derechos del hombre, humanitarismo y filantropía”, aconsejaba el general Mola.

Acostumbrados a las escrituras planas y anémicas que exige el mercado y el poder —por ejemplo, la simplona, engolada, tópica y birriosa *Patria* del kaletarra de Donosti expatriado en Alemania Fernando Aramburu, ejemplo de literatura *post-it* — se ha motejado a veces la de Sánchez-Ostiz de intemperante e incluso algún crítico, en un alarde de conocimientos históricos, lo ha comparado con Savonarola. Parafraseando un viejo dicho anticursilería podría decirse:

- Ahora al saber, los matices, la complejidad y el rigor se le llama intemperancia.

No sé si uno de los personajes de *El escarmiento* y *El botín*, el amigo Antton Basurde —*basurde*, jabalí en *euskara*— que acompaña a la primera persona del narrador, diciendo a veces lo que al narrador no le está permitido manifestar, podría haberlo dicho, pero rápidamente, imbuido el lector —usted, tú, yo

mismo — de la atmósfera mesmerizante y cargada del relato y de los terribles hechos que narra podría atribuírsele no sin su desparpajo.

Siguiendo la herencia de los papeles de Alberto Arana, muerto prematuramente — uno de los personajes de *El escarmiento* — honrado hijo de carlista que abomina de los crímenes que gente como su padre llegó a cometer y que deberían haberse resuelto en una obra que entre el miedo y el rechazo editorial no llegó a concluir, *El tiempo de los asesinos*, el autor y Antton Basurde, aficionado al *uxual* y paciente esporádico del *secadero* de Elizondo, con la ayuda ocasional de *El Chatarricas*, chamarilero pamplonés acostumbrado al chalaneo con archivos tirados a la basura y papeles viejos, como cuatro fantasmas del pasado



inician un recorrido entre el asco y la exasperación, entre una prolija precisión documental y la rehabilitación de la memoria de las víctimas.

El Escarmiento comienza con una visita al fuerte de San Cristóbal en el monte Ezkaba – uno de los lugares de infamia – que domina Pamplona. En la subida encuentran una deposición, una burla a los enterrados allá.

“El motivo de la visita al fuerte fue la llegada a Pamplona de unos mozos de Murcia que querían ver el lugar donde había muerto su abuelo y donde, por fin, habían logrado saber que estaba enterrado de cualquier manera. Habían venido a llevarse sus restos para enterrarlos de nuevo en su tierra, con los suyos. Molesta pretensión para los que el remover de la tierra inquieta, agrede, ofende. Silencio y desprecio. Si en su mano estuviera, ni se abría una fosa, ni se movía un hueso. [...]

- Y contento si no acabas tú en una —dice Basurde echando humo.”

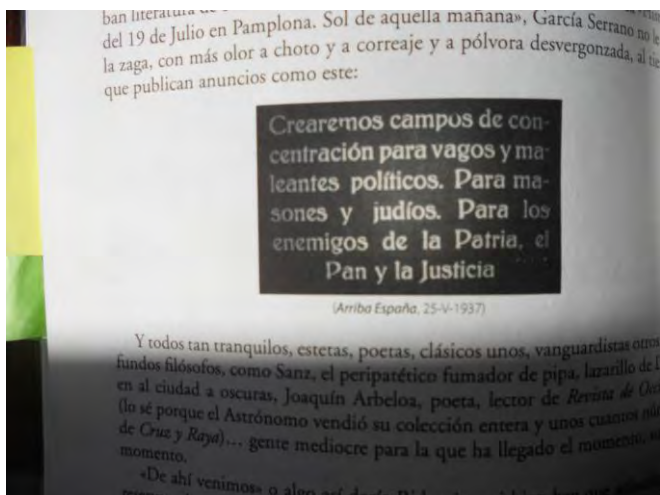
Como si la represión de la realidad en que se convirtió la guerra en Navarra y la manera de contarla conservara todavía su vigencia, no es ocioso recordar que Miguel Sánchez-Ostiz sufrió una alevosa agresión por parte de un matón fachuzo, guardaespaldas de unos señoritos de provincias con pretensiones, de los de toda la vida, alguno de cuyos antepasados se vio retratado en su novela *La nave de Baco* sobre el pintor Gustavo de Maeztu y los escritores falangistas – el arte elusorio de no decir nada o, como dice un amigo, “preciosismo moña a cargo de expertos verdugos” – en el entorno del periódico *Arriba España* y de *Jerarquía*, la revista negra de la Falange dirigida por el cura Yzurdiaga..

En *Vida de Sócrates*, la principal aportación literaria falangista a la lengua junto al concepto *ricinar*, práctica importada del fascismo italiano, Antonio Tovar, quizá el más

valioso de los intelectuales falangistas, se refiere a la preocupación que Platón experimentaba cuando invocaba a los artistas decadentes definiéndolos como “hijos de las musas tiernas” y parece que se está refiriendo al propio estilo literario del grupo de intelectuales falangistas del que formaba parte y que vivían una escisión radical entre arte y vida, entre conciencia y acción, cursis y asesinos, decadentes y verdugos.

Allí, en el fuerte de San Cristóbal, el autor rememora la Gran Fuga del penal el 22 de mayo de 1938 cuyos ecos había oído de niño. Entre entradas,

salidas y ejecuciones extrajudiciales permanecían encarceladas unas 2500 personas, la mayoría dirigentes políticos y sindicales, milicianos y gudarís y también presos comunes uniformados de color pardo junto a presos a los que llamaban “distinguidos”,



entre jueces, catedráticos y abogados. El director del penal, Alfonso Rojas—hermano del capitán Manuel Rojas, ejecutor de la matanza de Casas Viejas – había llegado en junio de 1936 trasladado desde la cárcel Modelo de Barcelona donde había sido señalado por algunos sectores de la CNT como paradigma del maltrato penitenciario. La vida carcelaria transcurría en una miseria de campo de exterminio, los presos apenas comían y carecían de todo pues el administrador y los guardias exteriores robaban y comerciaban hasta con el papel de las cartas. Sánchez-Ostiz narra un episodio de la censura de cartas protagonizado por el entonces jovencísimo Ernesto Carratalá, uno de los supervivientes de la fuga:

- “¿Cuánto tiempo hace que habla vd. con esa mujer? – el oficial de censura a Carratalá, el piojo republicano.
- Tres años.
- Pues si fuera una señorita decente, en vez de ser novia suya, sería madrina de un soldadito de Franco”.

Había castigos tan arbitrarios como el de limpiar las letrinas a mano hasta encontrar en las conducciones una escudilla en la que poder comer. Los testimonios son significativos y estremecedores. Se oían unas palmadas que llamaban: “Oído a las libertades”, y enseguida los nombres, y “Hala, recoja *usté* todo que lo llaman a libertad... Y si lo habían de matar a cien pasos ya estaba *enterrau*”. La aglomeración de presos era tal que por los ventanucos que daban al patio para su ventilación salía un vaho mefítico que hacía difícil estar a menos de unos metros de distancia. El sacerdote José Solabre, párroco de Berriozar, que había sido instructor de requetés, piropoador de mozas en sazón, conversador desenvuelto y brutal, decía misa a los presos con uniforme militar y la pistola al cinto y confesaba a los presos fumando un cigarro. Hay una anécdota atribuida a un cura *jatorra*, campechano como él – ¿sería él? – que solía decir: “A los rojos, si no los has *fusilau* antes, les llegas a coger cariño”.

Aprovechando que el 22 de mayo era domingo y que varios directivos del penal se habían ausentado —el director del penal se alojaba en el hotel La Perla en el centro de Pamplona propiedad del falangista José Moreno alias Pepe Perla—, después de las 8 de la tarde, en el reparto del rancho por brigadas, en cada una de ellas, coordinadamente, desarmaron a cada guardián que vigilaba la distribución y en media hora tomaron el fuerte, rindiendo asombrosamente a los guardias del exterior y las garitas. Ya era de noche y llovía. Los 796 presos salieron en desbandada por breñas y senderos hacia Ezkabarte, en la cara norte del monte, y hacia Ansoain, en la cara sur que da a Pamplona. En el tropel, tres presos rengos salieron a hombros de sus compañeros. Al parecer, no todos sabían que aquello era una fuga. Desesperados, mal calzados, mal vestidos, desnutridos, hambrientos, mal armados porque los fusiles tomados a los guardianes no daban para todos, algunos de los que llegaron a Pamplona intentaron alquilar un autobús para volver a León, a los pueblos de los que procedían. Otros, pidieron billete en la Estación del Norte creyendo en la confusión de la fuga que la guerra había terminado y habían quedado libres.

“Lees esto ahora —escribe Sánchez-Ostiz— y te entra congoja como mínimo. Cuando alguno de los enterados lo contaba lo hacía sin piedad alguna, como Quinito Elizalde. En una ocasión que el profesor Collera lo llevó a su cátedra cultural-gastronómica del Casino para que hablara de su ‘experiencia bélica’, las risas que provocó la situación descrita fueron muy elocuentes: nadie se ponía en el papel de los fugados. Estaban con quien había que estar”. “Sin apenas resistencia los cazaron como a conejos, que es la expresión que me ha quedado grabada para siempre. Y que tenían caracoles en las tripas. Se los comían crudos”.

“Sin apenas resistencia, los presos fueron abatidos sobre la marcha, fusilados por las partidas y guardias civiles, o detenidos si tenían más suerte. Algunos fueron ahorcados. Hubo suicidios. De estos también oí contar de niño”.

De los 796 fugados, en la cacería, 585 fueron capturados y se identificaron 187 cadáveres más 25 sin identificar. De los capturados, 16 fueron sometidos a juicio como cabecillas de la fuga; uno fue internado en el manicomio de Pamplona y 14 condenados a muerte y fusilados en la Vuelta del Castillo. El otro era un corneta del penal que cuando la fuga estaba borracho y regresó al fuerte, pero esta vez como preso. Sólo tres consiguieron llegar a Francia. Una documentación lo más exhaustiva que es posible sobre la Gran Fuga, puede leerse en Félix Sierra e Iñaki Alforja, *Fuerte de San Cristóbal, 1938*, y en: <http://www.losfugadosdeezkaba1938.com>.

En San Cristóbal estaba el pistolero y espía falangista Ángel Alcázar de Velasco, condenado a cadena perpetua a raíz de los *Sucesos de Salamanca*, el golpe dentro del golpe realizado por Franco mediante el Decreto de Unificación de falanges y carlistas en FET de las JONS (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista) al que una facción de falanges, encabezada por Hedilla, se opuso. Alcázar de Velasco era uno de ellos y en la Gran Fuga, corrió a avisar a las autoridades de Pamplona, donde delató a los organizadores de la fuga que fueron fusilados a cambio de una cena en el conocido restaurante las Pocholas y la mejora de su condena, tanto que dos años después, indultado por su delación, fue nombrado agregado de prensa en la embajada en Inglaterra donde pudo ejercitarse de sus fantasiosas habilidades como espía.

Sobre las condiciones del penal, donde los presos morían de inanición, de frío y de tuberculosis, se sabía antes, y sobre todo después de la fuga, recuerda Sánchez-Ostiz, pero no se creía lo que se sabía porque se creía en la propaganda, en la historia oficial bendecida por la iglesia y sancionada por la prensa. Disentir de las tesis oficiales en asuntos sensibles era indisponerse con el Opus Dei, con la universidad y contra su extensa trama social, con la Diputación y sus funcionarios gorriones. Con la Meca de las entradas para los toros; con la dirección de la Caja de Ahorros de Navarra, la caja de los bandidos; con el Gobierno de Navarra de turno...

“Y eso, en Navarra, es mucho indisponerse y con ese no indisponerse llevan, la de años que llevan, ni se sabe los que llevan. Porque el que se indispone está perdido, perdido...”

“No lo digo yo, lo dice o lo decía Arana u otro, qué más da quién, si lo que importa es la mala sangre, esa oscura voluntad de dominar, la caída en el lugar del enterramiento mínimo, en la subida al fuerte. [...] Poco importa si es de ahora, lo que importa es la caída, la mala leche que no cesa, la de la destrucción de las placas y monumentos, de fusilados, de asesinados, de esclavos del franquismo, que la derecha del Partido Popular o de UPN – [y ahora Ciudadanos digo yo mismo] – se niega a condenar de manera franca y decidida, sin reservas, sin truco, sin parapetarse detrás de unas leyes que procura incumplir o cumplir a regañadientes, retratándose de paso, echando mano de sus escritores de cámara y poco menos que de nómina, si es que no cobran, algunos, del fondo de reptiles”.

“¿Estamos hablando de cuándo”, te preguntarán, seguro. Contesta que de ayer mismo, cuando de lo que se trataba era de minimizar las voces que querían contar su historia, la otra cara de la historia, su recto y su vuelta, el desmontar las patrañas... contar era ya un acto de rencor reprobable. Ya entonces, ayer, no había pasado el tiempo o no el suficiente. Lo hecho bien hecho estaba. Ahora piensan lo mismo, los que quedan y si no, sus hijos y sus nietos. Si no fuera así, no estaría escribiendo esto”.

“Nadie hablaba ni quería oír de los militares y sus juicios farsa, de aquellos miles de parodias que olían de lejos a Machaquito y a corraje. Eran intocables, no convenía indisponerse, ni entonces ni ahora que vuelve el culto al uniforme y a las mojjangas cuarteleras”.

Una marca de la escritura de Sánchez-Ostiz es ese estilo apelativo, insistente, vocativo, celiniano; resulta casi un estereotipo hablar del estilo celiniano de Sánchez-Ostiz, el autor que mejor conoce al infame y gran Céline, un estilo, el de Sánchez-Ostiz, invasivo, contagioso, tanto que dan ganas de seguir sus frases y jugar a parodiarlo y escribir otra vez sobre el culto al uniforme, mojjangas cuarteleras con banda sonora de los maestros Francisco Alonso, Ildefonso Moreno y Fidel Prado, compositores de cuplés convertidos en marchas militares interpretados por el garbo inextinguible de la sin par Marujita Díaz rediviva, banderita tu eres roja, tocada con tricornio o con montera,

banderita tu eres gualda, con su cuerpo desnudo sólo velado por un escudo de madero antidisturbios, sin complejos, marca España, si no fuera porque se trata de asuntos tan graves como los que se cuentan en *El Escarmiento* a continuación.

“Vi y ahí sigue, el monumento a las víctimas del fuerte y a los fugados de 1938, destrozado por gente de extrema derecha que se disfrazaba de falangista para acudir de esa guisa a la procesión del Corpus en Sumbilla, regata del Bidasoa, las puertas de Europa. Que



sí, siglo XXI, que hay que mirar bien las fotos, y todo”.

“No habría sido nada difícil detener a sus autores, pese a que algunos vecinos habían señalado coches oficiales de color verdoso (por decirlo de alguna manera) en la cercanía de otros monumentos a víctimas del franquismo ante la casi indiferencia generalizada y el minimizar por parte de las autoridades: batallones de trabajadores en Vidángoz y Baztán, cementerio de Ansoain, sima de Otxoportillo... Pase de página, nueva suerte del arte de torear, pero de salón en el tablero de las togas, de las ventanillas del vuelva usted mañana o del denuncie si quiere, con la inestimable ayuda de los historiadores religiosos que sostienen que no hubo esclavos en el franquismo, que cobraban un buen jornal, que tenían de todo, asistencia médica, buena alimentación... por eso se fugaban. Ojos que no ven... como los del cardenal Gomá en cuyas fuentes beben. Hablar de asco es poco. Y Huarte y Cía sigue pagando favores, paga, regala, dona, presta, y hay que estar con quien nos pague, a que sí, Collera, a que sí... No dice nada porque está perorando en su exquisita peña gastronómica-cultural del Casino.”

Según José María Iribarren, el escritor que se convirtió en secretario particular y biógrafo del general Mola, nos recuerda Sánchez-Ostiz, la palabra *Escarmiento*, con mayúscula, estaba obsesivamente en la boca de tortuga de aquel general —el rostro de la honorable Esperanza Aguirre guarda un indeseado parecido de quelonio con él— que había sido Director General de Seguridad en la transición de la Monarquía a la República. El traslado a la península de una cultura de guerra basada en la demonización del enemigo y el empleo abusivo de lo que la sociología policial denomina *cheque gris*, órdenes escritas que sin dar carta blanca al uso de la fuerza ofrecían un respaldo explícito a la escalada de medios represivos y las posibles responsabilidades penales, facilitaron la perpetración de excesos violentos de intensidad creciente por parte de los agentes estatales.

Las declaraciones de Sanjurjo al diario pacense *La Libertad*, “En un rincón de la provincia de Badajoz [Castilblanco] hay un foco *rifeño*”, instigaron la matanza de Arnedo y alimentaron en los cuerpos policiales la visión del proletariado español como un enemigo exterior susceptible de ser exterminado y, en el caso de Mola, extensible a todo lo que se considerara de izquierda y a los nacionalistas vascos. Las reiteradas alusiones de la brutal represión de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto en Casas Viejas contra simpatizantes anarcosindicalistas —dirigida por el capitán Rojas procedente del Tercio— con el término bélico de *razzia* indica una mentalidad militarista fundamentada en la imposición de la ley por medio del terror. La república burguesa, timorata, no supo prescindir de tales elementos que terminaron por debelarla. Cuando ya era tarde entregó la dirección de la guerra a los estalinistas, a su idea de orden y naturalmente perdió.

En su *quête* de los corresponsables de *El escarmiento*, los protagonistas de carne y hueso recorren como espectros una Pamplona que el autor conoce como nadie y a la que

ha convertido en legendaria, huronean en archivos, en los que no han sido destruidos para ocultar pruebas, rebaten las tesis y las falsarias cifras de fusilados del general Salas Larrazábal, se enzarzan con los acomodaticios que rigen la vida social y cultural navarras a los que abominan, se enfrentan con los descendientes de los vencedores, hoy todavía en el gobierno del Estado, con todo lo que eso significa, y desgranar las circunstancias de la preparación y ejecución del golpe.

Así, Sánchez-Ostiz nos cuenta que lo primero para Mola fue contactar con los elementos civiles de la conspiración, Félix Maíz, un empresario acomodado dedicado a la construcción y luego a la explotación del ocio en los sesenta desarrollistas, lector empedernido de *Los protocolos de los sabios de Sión*, el invento de la *Ojrana* zarista, “un hombre de su época por tanto” “muy piadoso y muy carlista”, poseedor de un lujoso Buick en un tiempo en que poseer un coche era un signo inequívoco de riqueza, o Raimundo García, director del *Diario de Navarra* que firmaba como *Garcilaso* y como *Amezitia* y que conocía a Mola de los años veinte cuando fue corresponsal en la Guerra de África, “encarnación del tartufo de voz ronca, tiralevitas y besalamano”, en palabras de Félix García Larrache, farmacéutico y microbiólogo pamplonés y concejal nacionalista vasco en el ayuntamiento iruñarra que evitó ser fusilado por poner la frontera por medio, exiliándose en Bayona, nos apunta el autor, ante la noticia del panadero de que “se estaban confesando sin parar los *boinas rojas*”. Los carlistas también habían viajado a Italia camuflados en peregrinaciones marianas para recibir instrucción militar y se habían entrevistado con Ítalo Balbo quien les proporcionó fusiles y pistolas al menos por valor de 600.500 y 250.000 pesetas, aportadas por los gerifaltes Joaquín Baleztena y Gabino Martínez, según consta en los papeles que quedan sin destruir de la Junta Central de Guerra Carlista.

O también, entre otros, con Víctor Eusa, arquitecto notable que también puso su coche a disposición de Mola y Martínez Berasain, director del Banco de Bilbao dueño de un comercio de santos, ornamentos religiosos y efectos eclesiásticos que abastecía al obispado – “las mejores casullas de la región, incienso de primera, ceras, puntillas” – en la Bajada de Javier, cerca de la librería del anarquista Yoldi, ambos miembros de la Junta Central de Guerra Carlista, conocida también por la población como Junta de Matar.

“Aquella gente ponía sus coches a disposición del general —escribe Sánchez-Ostiz—. ¿Qué esperaban obtener a cambio? Mucho. Una posición de privilegio para ellos o para sus familias. Hay que ver con quienes están casados o se casan unos y otros, la espesura de la trama social que allí acaba por anudarse entre los de toda la vida y los advenedizos pero hombres fuertes de la situación durante décadas hasta ahora mismo”.

En uno de estos viajes, cerca de Bera, en la frontera, Mola se entrevista con miembros de la Abwehr, los servicios secretos militares alemanes, muy interesados por el golpe en ciernes y por las minas de wolframio del Bidasoa. Este otro bando, que no es el de

Mola, se fijó en los pueblos de la Ribera de Navarra desde el 23 de julio de 1936, firmado por la autoridad militar o por la guardia civil:

ORDENO Y MANDO

ARTÍCULO PRIMERO: Todo elemento extremista que al darle el grito de VIVA ESPAÑA no conteste de igual forma, será pasado por las armas en el acto.

ARTÍCULO SEGUNDO: Al presentarse las Autoridades a las inmediaciones de su domicilio y no salga el personal que haya dentro del mismo antes de la llegada de la fuerza con los brazos en alto gritando VIVA ESPAÑA, serán pasados por las armas en el acto.

ARTÍCULO TERCERO: Todo el personal extremista, sin distinción de sexo, que se encuentre dentro de la localidad o en el campo sin llevar un brazalete blanco en el brazo izquierdo y un volante que será entregado en el Ayuntamiento, será pasado por las armas en el acto.

ARTÍCULO CUARTO: Todos los edificios o pisos habitados por los elementos extremistas tendrán, durante los días que dure el estado de guerra y a partir de las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde, abiertas las puertas y ventanas con las cortinas quitadas, para ser vistos por la Fuerza, el que no cumpla lo ordenado se hará fuego sobre el edificio o persona que en el mismo se encuentre mayor de 16 años.

ARTÍCULO QUINTO: En los registros domiciliarios que efectúe el personal a mis órdenes, en los edificios habitados por personal de derechas y encuentre en ella oculto algún elemento extremista, éste será pasado por las armas en el acto y al dueño del edificio se le aplicará como encubridor lo que marca el Código de Justicia Militar.

ARTÍCULO SEXTO: Todo individuo extremista, cuantas veces salga y entre del campo se presentará en el Ayuntamiento, a su salida para recoger el volante y a su entrada para entregarlo; advirtiéndole que aquel que no lo efectúe y se le encuentre en el campo será pasado por las armas.

ARTÍCULO SÉPTIMO: Se advierte al personal de derechas que si algún individuo se interna en su domicilio violentamente, bien perseguido por la Autoridad o por cualquier otra

circunstancia, si no lo pone inmediatamente en conocimiento de las Autoridades, se le aplicará lo que marca el Código de Justicia Militar como cómplice o encubridor.»



Mola - Franco



Junta de guerra carlista-altaffaylla

Rafael García Serrano –violento máuser fatal –, falangista de corazón, futuro autor de *La Plaza del Castillo*, escrita en un estilo que es el envés del preciosismo escapista de sus conmlitones, una novela en la que él se retrata tan sin complejos,¹ fue el único que contó aquello, sin mucho esfuerzo, dice Sánchez Ostiz “porque estuvo allí, gritó, cantó y armó gresca”, y cita al ya semiolvidado Umbral² quien dijo que García Serrano vivía con el mauser como con un animal de compañía, ya lejos del balcón donde el momento más alto de su vida quedó atrapado cuando asaltaba el local de Izquierda Republicana junto a Joaquín Elizalde, uno de aquellos hipócritas falsarios a los que conoció Sánchez-Ostiz y que nunca le reveló lo que ocultaba el entusiasmo del padre de Eduardo García Serrano, el de *Intereconomía*, otro esteta en un decorado viejuno de maletas a lo Cristóbal Toral.

¹ Tan sin complejos como los colaboradores del tianguis multimedia de Jiménez Losantos, el Queipo de Llano del nacinal-liberalimo, quienes mientras trafican con los relojes y el honor de la Guardia Civil, al por mayor y al detal, exculpan a avezados delincuentes como Rodrigo Rato e Ignacio González, reputados ladrones, y deliran con convertir su España en un inmenso penal para todos los que no comulguen con sus éxtasis patrióticos.

² Aunque ellas no lo admitan, Umbral en su vaivén político es el héroe secreto de algunas de las agresivas monjas de las llagas intelectuales del neonacionalismo español: sor Aracadia Espada, sor Fernanda Savater -de quien tomo la idea, la más ingeniosa y volteriana de todas ellas-, sor Felisa de Azúa, sor Trapiello, sor Cercas. Me equivoco, su héroe evidente si no fuera porque les avergüenza un poco su conducta de pingaloca conquistador de veteranas estrellas del *Hola* en plan *socialite* de Arequipa y sus deplorables y últimos escritos, sería el Marqués de Vargas Llosa--con quien firman manifiestos como Losantos-- después de haber sido castrista y guevarista en su caso y, en cuanto a víctima de la ideología, haber acabado siendo una caricatura de uno de sus personajes, “el Pantaleón Pantoja del liberalismo” como es caracterizado con humor por el comparatista Neil Larsen. Y ellas casi lo mismo, una pseudoácrata de hipódromo como la hija de notario ñoñostiarra y de Cioran -la más ingeniosa, cosmopolita y ¿conservadora sin vileza?-. Otras maoístas, unas a lo falsamente humilde como la Unamuno de Manzaneda del Torío y traductora de Cervantes al castellano, la más provinciana e insincera y que ha sido mi amiga, un océano de ambición en un gramo de talento; otra, ilusa tecnófila y lega sabihonda *aggiornada* de las que prescindan de la toca y se miran la melena en el espejo porque entran en ciencia como en religión sólo porque han leído un par de libros de Richard Dawkins. Y la penúltima, que vive su renovada juventud como la pija elitista que siempre fue prostituyendo su neonacionalismo con la devoción por escritores tan admirables como García Calvo y Sánchez Ferlosio, que son españoles pero no precisamente ni “muy españoles ni mucho españoles”, seguramente para parecer algo transgresora y más pija. Hay una calle de dirección única entre maoísmo y sumisión. Pero la peor de todas, la más taimada y miserable es sor Cercas, la más joven, industriosa y perra, la que más arcadas provoca al leer su basura ideológica que consiste en la adaptabilidad a cualquiera de los paisajes del poder. Las otras es posible que tengan llagas de verdad por somatización de sus conciencias culpables; adeptas como son al catolicismo vergonzante y al chamanismo freudiano, pero sor Cercas practica una espiritualidad a lo Rodrigo Rato y se pinta las llagas con un *kit* de maquillaje *Astuce*, de Benefit Cosmetics (*sic*). Si quieren ser como ella, monjas modernas, busquen tal *kit* por internet. Sobre Muñoz Molina o García Montero, mejor no hablar. Ya he dado mi opinión sobre los estalinistas y sus secuaces por escrito y también sobre el aprecio mutuo que tengo con algunos amigos comunistas honrados de Vallecas, en Madrid, donde he vivido buena parte de mi vida y que no son ni Alberti ni Dolores Ibárruri. Muñoz Molina y García Montero exponentes del peor oportunismo *progre* repugnan tanto que ni apetece burlarse de ellos echándole humor al asunto.



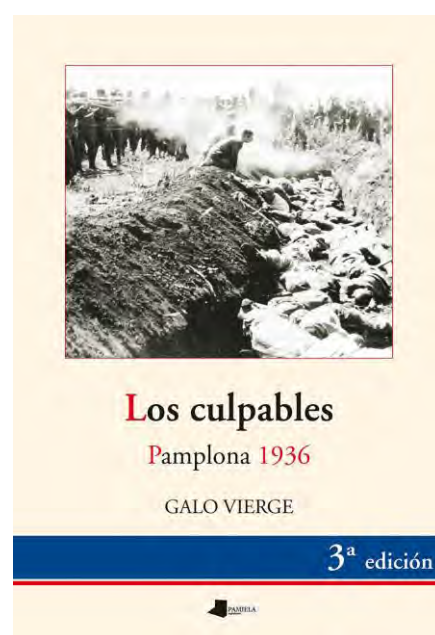
Las dos novelas están abundantemente ilustradas con recortes de prensa y fotos, como las de Millán Astray o esta cuyo pie de foto podría ser: **Saqueo de la sede de Izquierda Republicana por los falangistas. El segundo por la izquierda, Joaquín “Quinito” Elizalde, el último con la bandera en la mano, el novelista Rafael García Serrano.**

Otro que también estuvo allí pero del lado de las víctimas fue el obrero metalúrgico Galo Vierge, secretario del Sindicato del Metal cenetista de Navarra y delegado de su Sindicato en el Congreso de la CNT del 1 de mayo de 1936 en Zaragoza. Galo Vierge, cenetista, católico y taurino en un tiempo en que la tauromaquia era aún un arte popular y un modo de salir de la pobreza, que había aprendido a leer y escribir de niño en la Casa de Misericordia de Pamplona donde coincidió con Miguel Yoldi Beroiz, su amigo de toda la vida y futuro secretario general de la CNT hasta el Congreso del 1 de mayo, y posteriormente miembro del comité militar de la Columna Durruti. Tenía treinta años el 19 de julio de 1936 y es detenido el 31 tras permanecer unos días semiculto por una denuncia en el cuartel de los carlistas en el Colegio de los Escolapios de Pedro Astiz, sacerdote y propietario. La acusación – a las denuncias se les denominaba “instancias patrióticas” – precisaba que Galo Vierge, un hombre de reconocida bondad, ocultaba armas y poseía una lista para matar requetés. “Y además del cura lo denuncia un tal Saracibar, peón de albañil, requeté, un pringao medio *ergela* al que le hicieron firmar por patriotismo [...], qué más daba un denunciado más, si hasta los propios denunciantes no estaban libres a su vez de ser denunciados”. Los requetés registraron minuciosamente la casa de Galo Vierge, requisaron los libros y en la plazuela que había ante el domicilio les prendieron fuego. Sobre la mesilla, tenía dos libros *La verdadera vida*, de León Tolstoi y una Biblia. “Será la protestante”, exclamó uno y la arrojó al

fuego. Empuñando con rabia una pistola, otro dijo: “A éstos hay que clavarlos contra el suelo, no merecen otra cosa”.

Trasladado a la cárcel de la Cuesta de la Reina, cae en manos de los falanges, que lo empujan a una celda a oscuras. “Apenas traspasé el umbral de la puerta, dentro de una completa oscuridad, una lluvia de golpes cayó sobre mí, y yo, sorprendido y completamente atolondrado, corrí de un lado a otro de la celda intentando esquivar los golpes y en mi alocada huida chocaba contra las paredes, mientras que los que me golpeaban arreciaban sus vergazos en todas las partes de mi cuerpo que se estremecía de intenso dolor de impotencia. Uno de ellos, mientras me golpeaba, exclamó con rabia incontinida: “Toma, para que aprendas a declarar”.

Todo esto y mucho más pudo contarle Galo Vierge porque se salvó de ser fusilado asombrosamente por una pirueta de la suerte, tras sufrir graves torturas y sevicias, por la intercesión de una comadrona, Dominica Español, pariente del todopoderoso gerifalte carlista Benito Santesteban, otro santero. En 1942 escribió *Los Culpables*, un libro de un valor único, como dice Javier Eder en el prólogo de la edición de Pamiela, que no pudo ver la luz hasta 1988 y que es uno de los pocos testigos directos de lo ocurrido en la Pamplona del verano de 1936. Miguel Sánchez-Ostiz utiliza ampliamente su testimonio y Galo Vierge aparece como tal en *El Escarmiento*, como la víctima y el testigo de las infinitas infamias que se cometieron.



La encomiable editorial Pamiela ha publicado *Los culpables* al igual que *Sin piedad. Limpieza política en Navarra, 1936. Responsables, colaboradores y ejecutores* y *Muertes oscuras. Contrabandistas, redes de evasión y asesinatos políticos en el País del Bidasoa*, ambos de mi amigo, el historiador Fernando Mikelarena, y *El*

Escarmiento y *El Botín*. Son libros complementarios e imprescindibles. El heroico etnógrafo e historiador José María Jimeno Jurío comenzó a escribir sobre estos espinosos asuntos en la revista *Punto y Hora de Euzkalerria* durante la Transición. La revista sufrió un atentado en 1977 que olía llamativamente a servicios



secretos estatales. Acosada por continuos secuestros, cerró tras ser secuestrada de nuevo por injurias a Felipe González y a José Barrionuevo.

Galo Vierge salió con vida por un capricho de la suerte pero antes de salir de la cárcel fue obligado a contraer matrimonio religioso con su mujer. El elemento religioso adquiría formas tan extravagantes que en la calle Descalzas 35, en el famoso burdel de la Turca —en realidad, griega de Esmirna – donde falanges, militares y carlistas se desahogaban y esperaban su turno jugando a las cartas, se multaba a los asistentes por blasfemar.

En Altsasua, capital de los valles de la Barranca, Burunda y Ergoiena, la comarca de la Sakana hoy y nudo ferroviario de casi siempre, comenzó una verdadera cacería porque el pueblo se había vaciado. Por otra parte, los huidos de los pueblos de la Ribera se alimentaban de hierbas, de moras y de endrinas y en las Bardenas llega a haber dos mil vecinos de los pueblos limítrofes intentando llegar a los pueblos de Aragón que creen estar en manos amigas. Eran campesinos revoltosos de la CNT o de la UGT, bocas bravas que se habían atrevido a reclamar los comunales, los sotos y las corralizas que habían pasado a manos privadas durante el siglo XIX. “¿No quieren tierra?, pues tierra tienen”, decía brutal un terrateniente entre risotadas de casino refiriéndose a los fusilados.

En los valles norteños que dan a la muga, Roncal, Salazar, las Abaurreas, Erro, Baztán, Malderreka, el País del Bidasoa, las batidas son sistemáticas pero muchos de sus habitantes han tenido suerte al cruzar la frontera antes de que llegaran los falanges, los requetés y los guardias. “En Isaba, sólo ha quedado atrás Baldomero Eterra, porque siendo cojo, se le ha estropeado la prótesis mecánica. Lo fusilarán”, concluye Sánchez-Ostiz.

El Diario de Navarra, el diario que dirige *Garcilaso*, titula: “El éxodo de políticos izquierdistas al extranjero ha sido constante durante cuarenta y ocho horas”. “Lo cierto es que antes, durante y después de que sonara el cuerno de la muta invitando a la caza y el crimen, todo el que ha podido ha huido de su ciudad o de su pueblo”, dice Sánchez-Ostiz. La imagen evoca al Elías Canetti de *Masa y poder* a quien indudablemente ha tenido en cuenta con su distinción entre *muta de caza* y *muta de guerra* sobre todo y que no ha querido explicitar como excursio que afluya a la corriente narrativa principal.

“La *muta de caza* se mueve con todos los medios que tiene a su alcance hacia algo viviente que quiere cobrar; dar alcance y cobrar son sus medios principales —explica Canetti en su descripción fenomenológica - [...] La presa siempre está en movimiento, se le da caza concienzudamente [...]: cada uno de los animales perseguidos procura entonces escapar del círculo de sus enemigos por sus

propios medios. [...] La cacería se extiende sobre un espacio vasto y variado. En el caso de cacería a un animal aislado la muta se mantiene el tiempo que la bestia acosada defiende su pellejo. La excitación se acrecienta durante la cacería y se exterioriza en los gritos que transmite un cazador a otro de modo que aumente la sed de sangre”. “La concentración sobre un objeto que está siempre en movimiento [...] al que nunca se deja escapar de la mortífera intención, al que se mantiene interminablemente en estado de terror mortal, tal concentración la sienten *todos juntos*”. Tras cobrar la presa se reparte el botín.

La diferencia esencial entre una muta de caza y una muta de guerra reside en la doble disposición de la muta de guerra. Mientras una tropa excitada da cacería a un solo hombre a quien quiere castigar, se trata de una formación análoga a la muta de caza. En el caso de que este hombre pertenezca a otro grupo que no desee perderlo, una muta se enfrentará a otra. Mientras la muta de caza es unilateral, lo característico de la *muta de guerra* es que hay dos mutas equivalentes que tienen la misma y enfrentada intención.

En Navarra no hubo frente de guerra hasta que milicianos anarquistas y comunistas procedentes de Irún —el dirigente comunista Cristóbal Errandonea era beratarra — batieron desde el monte a las tropas del coronel Beorlegui en la garganta de Enarlaza y volaron el puente sobre el Bidasoa entre Bera en Navarra y Guipúzcoa y Francia, para impedirles el avance hacia Irún; no hubo guerra sino mutas de caza al hombre más o menos organizadas con el propósito de aniquilar a un enemigo indefenso. “Navarra fue un ensayo general de algo más amplio”, escribe Sánchez-Ostiz. ¿Sería correcto hablar de biopolítica? ¿Se trató de una distopía semejante a la Shoah? El crítico Rafael Narbona se lo pregunta y cree que sí.

Pronto aparecerán los coches fantasma rodando sigilosos por las carreteras de Navarra. Pueden llevar matrícula o no pero todos llevan un banderín de la Falange, de la Junta de Guerra Carlista o de la Acción Popular de Gil Robles de cuyas juventudes (JAP) procedía Iribarren, el secretario de Mola. Son coches donados a la causa por sus propietarios, como el Buick de la Turca, otro Buick 1936, o incautados por las bravas como el que le quitaron al taxista de Allo, Norberto Goicoechea.

“Esos días de final de julio, días de Escarmiento, de odio, calor y vino, fueron días malos para el pueblo de Allo, en esa vertiente de Montejurra que da al Ebro. Demasiado anarquista, demasiado ateneo, había que poner orden. Y lo pusieron desde el mismo 19 de julio, Ginés Sánchez, comandante del puesto, Julio Martínez y Antonio Echávarri, sargentos del Requeté, Luis Sanz Mauleón, jefe de Falange... Esas eran las autoridades (según archivo) en septiembre de 1936. [...] Los cenetistas y ateneístas habían tocado mucho las narices con sus reclamaciones de tierra, sus libros, mítines, charlas y reuniones. Visto en la distancia da grima. Ingenuos e idealistas. Tuvieron que creer mucho en que los tiempos habían cambiado e iban a cambiar más”.

Los coches fantasma eran unos coches muy viajeros, les gustaba la noche en las carreteras desiertas, cazaban en una zona y mataban en otra; a quien agarraban en

Berbinzana lo mataban en Undiano. “¿Quienes los ocupaban?, te preguntarán seguro. Señoritos y lacayos, llenos de vino, de anís, de odio, de Dios y de Patria y de prejuicios de casta y clase”.

El 15 de agosto, el día de la Virgen es fiesta en la mitad de los pueblos de Navarra. Hay vacas, zurracapote, bacalao al ajoarriero, calderetas, costilladas, churros, cohetes, charangas y hasta mariachis. A las dos de la madrugada un grupo de carlistas, falangistas y guardias civiles, uno de Larraga y dos de Artajona, llegan a casa de los Lamberto en Larraga para llevarse a Vicente Lamberto afiliado a UGT. “En la casa entraron Arana, guardia civil del puesto de Artajona, Julio Redín Sanz y el hijo del Churrero que en 1978 vivía aún en el pueblo como si no hubiera pasado nada... ¡Transición, Transición!”.

La niña Maravillas Lamberto, que tenía 14 años recién cumplidos, quiso saber que le iban a hacer a su padre y le dijeron que los acompañase hasta el ayuntamiento. Al padre lo encerraron en los bajos, donde estaban los calabozos y a ella la subieron arriba. Al salón de plenos, al despacho del alcalde o al del secretario del ayuntamiento. Allí, toda la cuadrilla la violó. Después metieron a padre e hija en la camioneta del herrero, otro coche de la muerte, tomaron la carretera de Estella, siguieron por la del puerto de Lizarraga y pararon en el kilómetro 12 entre Ibiricu e Iruñuela, en el valle de Yerri. Se adentraron por un camino, se detuvieron, bajaron al padre y lo mataron. A la chica la llevaron unos metros adelante, la desnudaron y la violaron otra vez. Vecinos de Ibiricu lo encontraron “tumbado tripa arriba” y con los brazos en cruz. El cadáver de Maravillas fue encontrado por el olor, días más tarde, el cuerpo desnudo estaba descompuesto y los perros le habían devorado las piernas. Se sabe quiénes fueron, el primero el secretario del ayuntamiento ya fallecido. Pero no se conformaron con los asesinatos. A la viuda, con dos hijas pequeñas le arrebataron todo, la yegua que habían comprado, la casa, las tierras, la cosecha por recoger.

El cantante tafallés Fermín Valencia compuso una emocionante canción a modo de invocación, que es como una contraseña: *Maravillas, Maravillas / Florecica de Larraga / Amapola del camino / Te seguiré donde vayas.*

José María Jimeno Jurío recogió los testimonios directos de lo que sucedió cuando era un asunto comprometido y no había ninguna ley que protegiera a los investigadores, al contrario, y ya sabemos lo que le pasó a la revista que se atrevió a publicarlo.

Muchas veces a las mujeres se les rapa el pelo y las cejas, son obligadas a beber aceite de ricino —ricinar, la práctica importada por las JONS de Ramiro Ledesma y transmitida a la Falange y al Requeté – y se les empuja a desfilar o bailar un pasodoble o se les deja un mechoncito, un quiqui con la bandera rojigualda; o se les unta la cabeza con miel para atraer a las moscas. Muchas serán violadas y asesinadas. En Peralta, Encarnación Resano es acusada de dar la espalda a una procesión religiosa con el

propósito de mofarse de ella. La obligan a presenciar el fusilamiento de sus vecinos, le pegan un tiro en la entrepierna y la abandonan a la puerta el cementerio desangrándose.

A principio de agosto de 1936 aparece por Pamplona Millán Astray y es fotografiado subido a un banco en la Plaza del Castillo. La foto tiene otra complementaria. Me parece que el texto de Miguel Sánchez-Ostiz que las comenta tiene un aire sarcástico inmejorable. Transcribo, de la novela *El Escarmiento*:

Aquel día, Millán Astray, showman guerrero,
no pudo menos que concluir su discurso con un vibrante:

¡Viva la Paz! ¡Viva la Justicia!
¡Viva el Trabajo! y ¡Viva el Amor!

Aquella arenga, soltada con ligeras variantes por los micrófonos de Radio Navarra, luego desde el balcón de la Diputación y más tarde subido a un banco de la plaza del Castillo, flanqueado por un falangista experto en el arte de la cuneta y otra gente patibularia, criminales de uniforme o sin él, por su guardia de corps legionaria digna de Lombroso, que le sostiene al brazo el capote, por Uranga, carnet número 2 de Falange..."causó efecto", que decían los gacetilleros.



En la fotografía que inmortaliza el momento, para la eternidad
o lo que quede de ella, en el travesaño del banco

al que está encaramado Millán Astray, se lee claramente:
"Leed CNT".

A un lado, por el Dena Ona, y la pancarta de Falange Española,
las fuerzas vivas de la Covadonga de la Reconquista de España y los curiosos;
enfrente, en el interior de la plaza, las tropas formadas para desfilar
y ser pasadas en revista por el legendario general.
Toques de cornetín de órdenes, brazos en alto, berridos cuarteleros, vivas, mueras...
y entonces aparece el perro, viene del Kurtz, del café
de los conspiradores y el granizado, aparece y marcha como un general
el perrillo,
Bienvenido, ahí, va hacia la posteridad, ajeno o no, vete a saber,
a lo que sucede a ambos lados de la carrera, la marcha real, de granaderos,
el *Cara al sol*, el *Oriamendi*, todo para el perrillo... en su honor.

Bienvenido, ay perrico, o te pegaron un tiro o pasaste a la gloria
de alguna punta de "encrucificados (Arana dixit), condecorado.



- ¿Y eso? – pregunta uno.

-Ná que aquellos asesinos llevaban colgando crucifijos
de tamaño de caja de muertos... ¡Te mataba Cristo! – tiene que decir Basurde
porque suele decirlo cuando no le pregunta nadie.

Y como el perrillo que pasa revista a unos y a otros, no podía quedar solo,
el laureado general toma la batuta de aquella revista, de aquella kermesse ya bufa,
ya por completo criminal y bufa, el laureado general – habla Arana,

hablo yo habla quién, habla el coro – y ordena
 que la banda del Regimiento América siga tocando marchas militares,
 aires nacionales y regionales, jotas, que no falten las jotas
 para aquella plaza repleta, enardecida de Dios, de raza, de sangre y de guerra.
 Y después de las jotas bárbaras, las dianas sanfermineras, y enseguida el delirio,
 el vals de Astrain, ¡Riau-Riau!, machacón, imparable, y entonces
 viene el rompan filas y la orden de disolverse al son imparable
 del vals de Astrain, ¡Riau-Riau!, en el que el propio Astray se mezcla,
 soldados, carabineros, picoletos, voluntarios o emboscaos de camisa blanca,
 enfermeras, margaritas, falangistas, viejos, niñas, monjas incluso,
 viudas de guerra... todos bailando, bailando... chunda ta chunda,
 chunda ta chunda, chunda ta chunda ta chún... ¡Riau-Riau!

El 23 de agosto de 1936 era domingo y el día de Santa María la Real, fiesta de guardar y por ese motivo no había sacas en la cárcel de Pamplona. La tarde anterior estuvo de visita Benito Santesteban, otro santero propietario de una tienda de casullas y copones de lujo en la calle Dormitalería, gerifalte carlista al que ya conocemos, acompañado de una escolta de requetés, y en el patio estuvo mirando a los presos como quien ojea ganado y les arengó con la promesa de que los que no tuvieran delitos de rebeldía contra el régimen salvador de España serían puestos en libertad. “¡Todos a casa. No temáis. Todos a casa!”, y tremolaba la boina roja. El 23 por la tarde los presos se apretujan bajo la sombra de un tejadillo de zinc en el patio ardiente. Lo cuenta Galo Vierge en *Los culpables* y Sánchez-Ostiz lo amplía con una lista que ha obtenido investigando.

Hace tiempo que se habla de canje de prisioneros y aparece un carcelero que comienza a leer nombres de presos. Éstos, animados por las palabras de Santesteban del día anterior, salen contentos y pasan a otro recinto donde les esperan requetés y falanges que les atan las manos a la espalda y les obligan a subir a dos autobuses estacionados a la puerta de la cárcel. Son 52 presos en los autobuses y van precedidos por un auto pequeño conducido por dos falanges. De la lista de 212 presos que permanecen en la cárcel parece que los 52 han sido elegidos al azar, sin motivo alguno. Al llegar a Caparrosos viran a



Fusilamiento-franquista

un lado de la carretera y se adentran en los terrenos áridos de las Bardenas. Han recorrido unos sesenta kilómetros desde Pamplona. ¿Se va a producir allí el canje? Llegan a la corraliza de Valcardera donde ven a un grupo de sacerdotes que no les augura nada venturoso. A gritos y empujones, los requetés y los falanges les hacen pasar por delante de los curas. Entre ellos está Antonio Añoveros, que llegaría a obispo y se convertiría en una piedra en el zapato del tardofranquismo. Cuando los presos ven

la fosa de 25x25 que han cavado la víspera, casi pegada a los muros del corral se produce un tumulto, gritos, empujones, alguno se desmaya. Al primer grupo de los que se han confesado, los matan de prisa y corriendo y los arrojan a la fosa. Los de la camisa azul temen un motín y ante el griterío les meten prisa a los curas, empiezan a blasfemar y quieren que los curas se vayan. Los carlistas se oponen y blasfeman también. Es el cagüendios navarro, tan racial. Están a punto de liarse a tiros y al fin los curas median y algunos presos echan a correr como pueden. En la persecución matan a los que huyen menos a uno. Todo esto lo contará después Honorino Arteta, de la CNT, compañero de cárcel de Galo Vierge, que herido en una pierna llega a una pequeña arboleda, se aferra a un tronco, trepa por él y se queda allí, mientras oye el canto de los grillos y luego a sus perseguidores que gritan: “¡Éste ya está muerto! ¡Que se lo coman los gusanos!” Arteta se queda solo, oye ruido de motores, baja del árbol y se echa a andar hasta dar con el río Aragón, que está lejos, a mucho más de diez kilómetros por terreno accidentado. Como sabe que el río nace en el Pirineo decide remontarlo para llegar a Francia. Tardará días y días, ocultándose al oír gente, desplazándose entre la maleza, con la ropa hecha jirones, semidescalzo, alimentándose de hierbas y de fruta que encontraba. No supo nunca el tiempo que tardó en encontrar a un pastor que le dio queso, pan y vino y le indicó el camino hacia el otro lado de los montes por donde cruzar la frontera.



Los asesinos de Valcardera volvieron a tiempo para asistir a la procesión que estaba prevista desde el día 19 y en la que monseñor Olaechea proclamó oficialmente que aquello era una

Cruzada, mejor una *Crvzada*, con la grafía de la que tan satisfechos se sentían el cura Yzardiaga y los escritores de *Jerarquía*, la revista negra de la Falange, uno de los cuales, Pedro Laín Entralgo, está por aquel entonces en Pamplona.

Laín Entralgo cuenta que un día lo citan a la centuria a la que pertenece a las seis de la mañana en el cuartel de los Salesianos. Los llevan formados a la Vuelta del Castillo para dar teatralidad a la cosa, para que presencien un fusilamiento. El piquete está compuesto por militares flanqueados por falanges, como se les llama en Navarra. El reo es un hombre muy joven, un anarcosindicalista dice Laín. Al chico lo llevan con los ojos vendados al foso y le colocan ante el muro marcado por los impactos de las balas que mucho más tarde borrarían porque hacía “mal efecto”. “¡Fuego! Tras un salto de polichinela trágico, su cuerpo cayó pesadamente al suelo”.

Laín Entralgo, que fue mi catedrático de Historia de la Medicina en los setenta, no supo o quiso saber quién era el asesinado ni los motivos de ese crimen oficial. Se llamaba

Lucio Rudi Barcos, soltero, hijo de Pascual y María, jornalero, natural de Villafranca de Navarra. Habían esperado a que cumpliera dieciocho años para matarlo. ¿Su delito? Reclamar las tierras comunales usurpadas por los propietarios.

Además de Laín, por Pamplona, la Atenas militarizada como les gustaba referirse a la ciudad porque les incluía a ellos, pasó la elite de la intelectualidad de la derecha y la Falange. Jorge Guillén, amigo de Azaña, desde la Pamplona de julio del 36, según su hija, viajó a Sevilla el 12 de octubre de 1936, donde rindió pleitesía al general Queipo de Llano en el Paraninfo de la Universidad y definió la militarada como la mejor prueba de “la inextinguible fortaleza de una raza inextinguible”. La carne es débil pero el espíritu lo es mucho más.

Por el momento, mientras *Jerarquía* se editaba con un buen papel y mejor impresión, tintas, tipografía y diseño, “un cenotafio en honor del Ausente”, dice Sánchez-Ostiz, Eugenio d'Ors, guía de estetas desde el *noucentisme*, está en París esperando acontecimientos. Le necesitan como maestro de una estética fascista que quiere imponerse en la nueva España. En la Esquadra de *Jerarquía* formaban, con Yzurdiaga como jefe de escuadra, Carlos Foyaca, Rafael García Serrano, Alfonso García Valdecasas, Ernesto Giménez Caballero, Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, el dibujante Martínez Crispín, Ángel María Pascual, Víctor de la Serna...

También Blaise Cendrars, cuya *Antología negra* había traducido Manuel Azaña, ha contemplado el incendio de Irún desde Hendaya y, enviado por *Gringoire*, el semanario de extrema derecha dirigido por Horace de Carbuccia, llega a Pamplona procedente de Burgos.

Los escritores y poetas que andan por Pamplona viven en lo que llaman Piso de la Sabiduría, en la calle Tudela, y por abril del 37 editan la revista *Vértice* en San Sebastián, fascismo gran diseño, “fascismo con celofán, intercalado entre las páginas, fotografías alemanas, Haffner en portada, José Caballero, los hermanos Delgado tan finos, Carlos Saénz de Tejada, la devoción máxima de Ganbela, lujo. Entre los colaboradores, ahí es donde por primera vez aparece Sánchez Mazas disfrazado de preso o de pobre, no se ve bien, contando la patraña propagandística de su falso fusilamiento, urdida por Eugenio Montes, y a su lado Agustín de Foxá con su *Madrid de corte a checa*, y su *Salamanca, cuartel general* más tarde (perdida), Edgar Neville y los rojos de Madrid, Zunzunegui y su mal fario, Gecé, infaltable y delirante, Dionisio Ridruejo, Samuel Ros, Eugenio Montes, Tomás Borrás, autor de canalladas prodigiosas, Laín Entralgo..., es decir, toda la intelectualidad del nuevo régimen, Prensa y Propaganda se había adueñado del relato de la historia”.

“Antonio Tovar, estudioso del *euskara*, intocable casi solo por eso que también pasará por la ciudad, dejará el recuerdo de un paisaje medieval, de viejo reino de la cristiandad que suena a condena – ”Pamplona es un buen sitio de recuerdo de caballeros andantes”

– sí, pero recordado desde un despachazo del CSIC [...]. Y jamás, jamás dijo que ese paisaje que veían al asomarse era un matadero que estaba ahí al lado [...]. Le bastaba con asomarse a la ventana del despacho del cura Yzurdiaga que daba a lo que la madre de Baroja llamó *Eriotzeko kalea*, calle de muertes, o así traducido por los interesados y los incondicionales”. Y Tovar también hizo apología de la boina insurreccional falange o requeté, mejor hablar de Koldo Mitxelena...

A esa calle de muertes también daban las ventanas del Salón del Arquero, en la sede del periódico *Arriba España*, en el palacio barroco de los marqueses de Guirior. El Salón del Arquero era un lugar con penumbra elegante de lámparas indirectas, brillo apagado de níquel y una gran mesa redonda. A quienes lo vieron les recordaba a una oficina diseñada por Speer, al *covo milanese* de Mussolini o al refectorio de una orden caballerisca trazado por un sombrío Tintoretto para el lavatorio de pies de un jefe de centuria, según García Serrano, que sirvió de modelo del arquero tensando el arco que pintó Martínez Crispín. Rafael García Serrano, sigue diciendo Sánchez-Ostiz, que estaba calato pasando frío se bebió una botella de coñac a medias con el artista y se fue de putas a Casa Aurora, donde no le multaban por blasfemar.

Cada día, a primera hora de la tarde, se reunían en torno a la mesa, además de los estetas, los jefes de la Falange pamplonesa; José Moreno, alias Pepe Perla, el jefe territorial propietario del hotel La Perla, hedillista que salió con bien de los sucesos de Salamanca, y hasta López Ibor. “Andá... Sí, también estaba por Pamplona como quien no hace nada”, dice Sánchez-Ostiz. Andá, repito yo, además de Laín Entralgo, éste, el otro catedrático falange que tuve de estudiante, catedrático de Psiquiatría como casi todos sus numerosos hijos hoy.

La oración por el falangista muerto que había escrito Sánchez Mazas era lo más grande que se había escrito nunca, según Pepe Perla. Además de los mencionados antes, por allí pasaron Manuel Hedilla, Luis Felipe Vivanco, Manuel Aznar, padre del co-invasor de Iraq, Luis Rosales, Sanz Orrio. Y continúa Sánchez-Ostiz diciendo que, salvo los que se quedaron haciendo de castizos en Pamplona —el caso de Ángel María Pascual estudiado a fondo por él—, los otros se hicieron con un botín tan importante como el económico, el botín cervantino de las letras y de las universidades. El de las armas era más problemático; en el frente se podía morir, que fueran otros. Hasta el sochantre de Mondoñedo, Álvaro Cunqueiro, escribió en *Arriba España* un involuntariamente desternillante homenaje a Franco cuyo título parece una de las tautologías disléxicas del actual presidente del gobierno, “Franco, Gallego”.

Por fin aparece Eugenio d'Ors y no se les ocurre otra cosa que organizarle una ceremonia en la que armarle caballero de la Falange. Eligen la iglesia de san Agustín, donde una leyenda recién estrenada dice que fue armado caballero el mismo Garcilaso de la Vega, pero en realidad es la iglesia más cercana al hotel donde d'Ors se aloja. El maestro va con un uniforme a su gusto, correaes, polainas y demás. Parece un

mecánico, se burla Agustín de Foxá. En el cortejo van todos los escritores y poetas de la Falange menos Torrente Ballester que llegará después, en diciembre. “Boda no es, bautizo tampoco, cosa del diablo, seguro, seguro”, comentan unas beatas con las que se cruzan en la Bajada de Javier, y el librero que se ha quedado con la librería del anarquista Miguel Yoldi cree que aquello va ser una misa negra.

El delincuente Rodolfo Martín Villa, asesino de los obreros de Vitoria y autor del martinvillesco caso Scala, ordenó destruir los archivos de la Secretaría Nacional del Movimiento para impedir que se supieran los crímenes de aquella inmensa misa negra en que se convirtió el golpe de 1936 y la dictadura que siguió. Estas notas de lectura no son sino un leve reflejo de unos libros extraordinarios.

APÉNDICE FINAL

Al terminar *El Botín* viene a mi memoria un hecho personal que me sucedió de crío y que puede ilustrar esa oscura voluntad de dominación sin trabas que tenían los vencedores de la guerra. Sus mandamases se sentían dueños de todo y no tenían reparos en demostrarlo continuamente, exhibiendo su poder. Sería a finales de los años cincuenta o quizá ya en 1960.



Mi tío Anttonio Telletxea Axpe.

Mi primo Miguel Telletxea, mi hermano Antton



Mi tío, Anttonio Telletxea Axpe y su hermana María Luisa

y yo habíamos ido al monte a coger hongos, maravillosos *boletus edulis* a un lugar donde se daban hermosos y abundantes, que en Bera era conocido como “los robles americanos”. Cogimos muchos, dos o tres cestas repletas, lo que nunca habíamos logrado por mucho esfuerzo que hubiéramos empleado antes y estábamos locos de contentos. Fuimos al bar Echave que ya no existe, un pequeño y modesto bar en Endarlaza a unos cuatro kilómetros del núcleo de Bera en dirección Guipúzcoa, que tenía un atractivo, allá los pescadores de salmón solían llevar sus capturas y sus usufructuarios, mi tío Antonio y mi tía Xabina, padres de mi primo Miguel, parientes de un represaliado, el tío Juanito, los preparaban primorosamente envueltos en un fragante lecho de hojas de boj para su venta a los cocineros y particulares guipuzcoanos y navarros que llegaban hasta allí. No en vano mi tío Antonio era uno de los mejores

pescadores de salmón del Bidasoa y fallecido hace años aún conserva el record del mayor salmón pescado en el Bidasoa desde que hay registros, un ejemplar de más de quince kilos.

Únicamente la carretera separaba el bar de río. Aquel día estaba el ingeniero Ángel Garín Badiola, “director de Fundiciones de Vera, el amigo de los Baroja”, notorio requeté carlista —eso lo supimos ya mayores—, “ojo, a quien dejamos patrullando por las calles de Bera el 20 de julio de 1936”, escribe Sánchez-Ostiz en El Botín.



Tenía un Citroën 1956, negro y lustroso, un “Citroën Pato” aparcado junto al bar. Cuando vio nuestros hongos, Garín, el maldito Garín, que se estaba pimplando en el bar un ron Negrita, lo más exótico que se podía tomar allí, arrampló tan tranquilo las cestas con los hongos, abrió el portamaletas del coche y se los llevó tan campante, ante nuestras protestas. No nos lo podíamos creer. Como, aunque niños y quizá por la vida un poco salvaje y libre que llevábamos, teníamos ya un cierto sentido de la justicia, juramos vengarnos.

Otro día que vimos el Citroën aparcado junto al bar, con una navaja que usábamos para cortar los pedúnculos de los hongos y cuando íbamos a pescar anguilas y truchas—*Huck Finns* del Bidasoa—, rajamos las ruedas del coche y corrimos hacia el puente nuevo sobre el río, cruzamos a la otra orilla y desde allí junto a la fachada de la vieja estación del ferrocarril de vía estrecha del Bidasoa, con la carretera y el río en medio, esperamos pacientemente a que Garín terminara su Negrita y saliera.



Pozos de Elgorriaga y Aiena con el puente de Endarlaza sobre el Bidasoa, al fondo.